

COMO SER LIBRES DE UNA VIDA CENTRALIZADA EN NOSOTROS MISMOS.-

Cuando el hombre cayó en el huerto del Edén, entre muchas cosas que sucedieron, una de las más trascendentales fue que el hombre dejó de tener su vida puesta en Dios. Lo maravilloso que sucedía en el huerto era que el hombre estaba sumergido en Dios, su vida era Dios, su qué hacer, su trabajo, su visión, y hasta su realización como hombre y mujer, todo estaba centralizado en Dios. Recordemos que fue Dios quien le dio mujer a Adán, por lo tanto, para Adán su mujer tenía que ver con Dios, e igualmente le sucedía a Eva, y así toda la vida del hombre estaba en Dios. En el huerto ellos vivían por Dios y para Dios. El hombre era un instrumento de Dios al punto que hasta la unión matrimonial servía a los planes de Dios, pues, Él mismo les había ordenado que se multiplicaran.

El día que el hombre cayó en la tentación de Satanás, su vida quedó “descentralizada de Dios” y se volvió un ser centralizado en sí mismo. Las palabras tramposas de satanás fueron dirigidas en un tono que despertó el beneficio personal del hombre, dice *Génesis 3:5* **“sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal”**. Estas palabras hicieron mella en el interior de Eva, pues, toda su vida era únicamente para Dios, sin embargo, por primera vez ella pensó en obtener beneficios propios. A Eva le agradó la idea de que “sus” ojos fueran abiertos y que “ella” llegara a ser como Dios sabiendo el bien y el mal. El problema del hombre fue que ya no quiso a Dios como “su” sabiduría, sino que el quería tener “su” propia sabiduría. Ya sabemos como termina esta historia, Eva desobedeció, comió del fruto prohibido del árbol de la ciencia del bien y del mal, y dio también a comer a su marido. A partir de ese momento el hombre se volvió un ser “egocéntrico”, centralizado en sí mismo.

Es tan típico ver lo egocéntrico que es el hombre aun desde su tierna infancia. En una ocasión un niño estaba en una piscina de pelotas, y en el momento que él llegó no había nadie más, estaba él solo, él se miraba feliz inmerso entre cientos de pelotas. A los pocos minutos llegaron otros niños y se metieron a la piscina de pelotas donde estaba él. Al ver el niño que otros llegaron donde él estaba, su felicidad se le acabó, el niño empezó a tratar de quitarles las pelotas a los demás, pero por más que lo intentaba, no podía controlar cientos de pelotas que habían allí. Así que no le quedó otro camino que frustrarse y empezar a llorar y a pedirle a gritos a su papá que sacara a los demás niños. Su papá llegó con el niño, y ambos decidieron mejor quedarse sin nada, que compartir las pelotas con los demás niños. Este caso se puede ver extremo, pero en realidad todos somos así, todos tenemos una naturaleza caída que nos invita y nos inclina a tener una vida egocéntrica.

Cuando el Señor nos alcanza y nos convertimos a Él, somos regenerados en nuestro espíritu. Desde el momento que creemos en Cristo venimos a ser una nueva criatura, y a todos se nos da el derecho de ser hijos de Dios. La experiencia de que el hombre vuelva a nacer de nuevo es algo glorioso, sólo que hay un gran problema aún, todos los hombres hemos llevado una vida cargada de egocentrismo, hemos estado acostumbrados a vivir centralizados en nosotros mismos. De manera normal, los adultos tratamos de camuflar un poco los berrinches del niño egoísta que llevamos dentro, y con gran esfuerzo y a regaña dientes dejamos que otros jueguen con las pelotas que “son nuestras”. Conocer al Señor Jesús como nuestro Salvador no nos libera automáticamente de ser personas egocéntricas.

Dios sabe que un creyente que no ha sido trabajado en su interior, y que no está dispuesto a dejar de vivir “centralizado en sí mismo”, no le sirve para nada en Su Reino. Dios se ocupará de procesarnos a todos de manera objetiva y subjetiva, para que vivamos “descentralizados de nosotros mismos”. Ahora que somos hijos de Dios, lo que nuestro Padre quiere es que seamos al estilo del Adán del huerto, aquel hombre que vivía plenamente para cumplir la voluntad de Su Creador.

Lastimosamente nosotros nacimos, crecimos y estamos rodeados de un Evangelio desviado del corazón de Dios. Este problema en el que estamos inmersos es “cultural”; en toda Latinoamérica no ha de haber ni una sola persona que no sepa lo que es el “fútbol”, y de igual manera es el problema que existe en cuanto a la mala concepción del Evangelio. Hoy en día, tanto creyentes como no creyentes piensan que el Evangelio es para que el hombre se beneficie de Dios ¡Craso error! El Evangelio no es la lámpara de Aladino, no es un instrumento para satisfacer nuestros deseos, cuan desviados estamos si creemos en un Evangelio de Paz, Poder y Prosperidad. Acercarnos a Dios no es sinónimo de decirle “adiós” a los problemas. Si usted cree que por venir a los pies del Señor Jesús se le concederán sus deseos, lo más probable es que se frustrará porque jamás Él dijo tal cosa. Lo que el Señor sí dijo es: **“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tenéis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo”** (Juan 16:33). Téngase por dichoso el creyente que se ve prosperado, que tiene salud, que es exitoso en sus empresas, entienda que eso es misericordia de Señor, pero sepa que Dios no está obligado a mantenerlo así todo el tiempo. La bonanza no es señal de la recompensa que Dios ha de darle a sus hijos, porque hay muchas personas incrédulas e injustas en esta vida que son más exitosas que los mismos hijos de Dios.

Que nos quede claro que Dios no está para satisfacer nuestras necesidades personales, y mucho menos nuestros gustos y deseos; tal concepto ha brotado de un Evangelio corrompido que abona a que sigamos teniendo una vida centralizada en nosotros mismos. El verdadero Evangelio de Dios es aquel que viene a tumbar nuestras vidas, así como la Biblia nos habla de la “piedra” que derribó la estatua de Nabucodonosor. El Evangelio que hoy se predica está tergiversado. Miles de creyentes y seguidores tienen las denominaciones “cristianas” que existen hoy en día, pero muy pocos de ellos se vuelven discípulos genuinos de Cristo. Ahora los creyentes se asustan cuando escuchan que tienen que dejarse tratar por el Señor, les causa pánico saber que tienen que llevar la cruz. ¡Dios nos conceda un recobro del Evangelio que nos predicó nuestro Señor Jesucristo! Dice el *Salmo 27:10* **“Aunque mi padre y mi madre me dejaran, con todo, Jehová me recogerá”**. Si leemos bien las palabras de este verso, nos daremos cuenta que Dios no se comprometió a que todos tengamos una vida feliz creciendo al lado de papá y mamá, por supuesto, debería ser lo normal, pero no es obligación de Dios que todos vivamos así. Lo que Dios prometió es que a pesar de que seamos huérfanos, Él estaría con nosotros.

Veamos en el siguiente pasaje lo que Dios hace para liberarnos de una vida descentralizada en nosotros mismos. Dice *Mateo 4:18* **“Y andando junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, echando una red al mar, porque eran pescadores. v:19 Y les dijo: Seguidme, y yo os haré pescadores de hombres. v:20 Entonces ellos, dejando al instante las redes, le siguieron. v:21 Y pasando de allí, vio a otros dos hermanos, Jacobo, hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en la barca con su padre Zebedeo, remendando sus redes, y los llamó. v:22 Y ellos, dejando al instante la barca y a su padre, le siguieron”**. En esta historia encontramos a un grupo de hombres cuya dedicación fue la pesca, pero además de hacer de esta práctica su trabajo, la pesca llegó a ser su vida misma. Estos hombres se hicieron pescadores, en consecuencia, obtenían su sustento de la pesca. Además, para ellos la pesca significaba su familia, pues, atendían el negocio familiarmente. Estos hombres no solamente pescaban, sino habían hecho de la pesca “toda” su vida. Cristo apareció en la vida de estos hombres para zarandearlos, Él los llegó a conmover, los llegó a retar a que literalmente dejaran “todo”. A lo largo de este estudio veremos como estos hombres son un ejemplo para que entendamos qué es tener una vida centralizada y cómo el Señor puede llegar a liberarnos de esa manera de vivir.

El Señor inició el proceso de “descentralización” en estos hombres diciéndoles una palabra: “Seguidme”. Esa palabra los golpeó de tal manera que su vida “centralizada” en la pesca se empezó a derrumbar. Vamos a ver cuatro cosas que se derrumbaron en la vida de estos hombres, las cuales inminentemente tienen que ser golpeadas en nosotros si queremos ser verdaderamente libres de nuestro egocentrismo, éstas son:

1.- LA OCUPACION NATURAL

- 2.- LA VISION PROPIA
- 3.- LAS PREOCUPACIONES
- 4.- LAS RELACIONES FAMILIARES.

Estudiemos cada una de éstas áreas en detalle

1.- LA OCUPACIÓN NATURAL

El Señor llegó a conmover dramáticamente a estos hombres en cuanto a su ocupación personal. Cuando el Señor les dijo: “seguidme”, Pedro estaba tirando las redes junto con su hermano Andrés. Ellos estaban en plenas horas laborales cuando el Señor les dijo que lo siguieran. Seguramente estos hermanos eran de aquellos que dicen: “Nosotros trabajamos para vivir y vivimos para trabajar”. Tal vez no nos damos cuenta cuán centralizados están nuestras vidas en el trabajo, tanto en lo presente como en los planes a futuro. A veces hasta con nuestros hijos nos brota el “ego” que tenemos por el trabajo, los presionamos todo el tiempo a que estudien y se preparen, no por cultura, sino porque queremos que ellos “sean algo en la vida”, no nos damos cuenta que los estamos formando a ser personas centralizadas en el trabajo al igual que nosotros.

Podemos decir que vivimos centralizados en el trabajo cuando todo gira en torno a nuestra ocupación. Hay hermanos que no asisten a las reuniones de Iglesia porque sus trabajos no se los permiten, al igual que hay jóvenes que no pueden asistir a las reuniones debido a sus estudios. Cuando el trabajo o nuestra ocupación es lo que gobierna nuestra vida, entonces, estamos centralizados en ello. Hermanos, lo que debemos hacer es convertir el trabajo en un medio y no en un fin. No es necesario que todos dejemos de trabajar para llegar a vivir “centralizados” en Dios, obviamente, habrán algunos a quienes Dios llamará a que dejen de trabajar para que vivan a tiempo completo del Evangelio, pero el llamado del Señor fue para todos cuando dijo: **“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”** (Mateo 6:33).

Logramos tener una vida “descentralizada” de nosotros mismos cuando le damos prioridad a las cosas de Dios y Su Reino. Dios tiene que sacudir nuestras vidas en cuanto a nuestra ocupación natural, así como lo hizo en aquella ocasión con Pedro y Andrés. Si no dejamos de vivir centralizados en nuestro trabajo, nunca le seremos útiles a Dios. Trabajemos con diligencia, no estamos diciendo lo contrario, hasta el apóstol Pablo dijo en una ocasión: **“... Pues vosotros mismos sabéis cómo debéis seguir nuestro ejemplo, porque no obramos de manera indisciplinada entre vosotros, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que con trabajo y fatiga trabajamos día y noche a fin de no ser carga a ninguno de vosotros; no porque no tengamos derecho a ello, sino para ofrecernos como modelo a vosotros a fin de que sigáis nuestro ejemplo”** (2 Tesalonicenses 3:7-9). El apóstol Pablo se puso de ejemplo de cómo se debe trabajar, porque así como trabajó duramente en las cosas naturales, siempre su prioridad fueron las cosas espirituales. Si nosotros le dedicamos a Dios sólo el tiempo que nos queda libre después del trabajo, quiere decir que nuestra vida está centralizada en el trabajo. Dios necesita gente que esté dispuesta a vivir para Él y que trabaje, que su meta no sea el trabajo, que su manera de vivir y sus propósitos primordiales sean atenderlo a Él y Su Reino.

En los días del ministerio del hermano Watchman Nee, en China, los hermanos aprendieron a servir al Señor viviendo por la fe, no siendo empleados de alguna persona o denominación. El hermano Witness Lee dice lo siguiente en uno de sus libros: “En 1942 y 1943 la Iglesia en el recobro del Señor empezó a ver la necesidad de tener emigraciones. La primera emigración tuvo lugar desde el norte de China al interior de Mongolia. Todos ellos hicieron este viaje en un barco. En otra ocasión treinta adultos partieron también hacia el interior, a un pueblo del sur llamado Manchuria. Por medio de estas emigraciones de los santos, la vida de Iglesia se extendió a otras partes del país. El pionero de este estilo de vida fue el mismo hermano Watchman Nee. Lo primero que el hermano Nee sufrió fue la pobreza. Fue iluminado para ver que a fin de poder cumplir el llamamiento del Señor, él tenía que servir al Señor por fe. Vio que no debía ser empleado por ninguna misión, denominación o persona. Ejercitó una pura y sencilla fe en Dios en

cuanto a su sustento. La situación económica en China durante ese tiempo no era buena. A veces no sabían si tendrían su próxima comida. El Señor de veras hizo algunas cosas milagrosas para cuidar de ellos. El consejo dado a los hermanos que emigraban a otros lugares era que dejaran sus ocupaciones, y que vieran el trabajo como su ocupación secundaria, que lo primero en sus vidas fuera la dedicación a la obra del Señor. Muchos de los hermanos que emigraron asumieron ese reto de vivir por fe, y muchos de ellos servían en sus localidades, y además trabajaban en algo para mantenerse a sí mismos y ayudar a otros". En aquel tiempo muchos hermanos aprendieron a dejar de vivir para sí mismos, ordenaron sus ocupaciones, aprendieron que debían poner prioridades y esa actitud trajo grandes adelantes al recobro del Señor.

Dios espera ver en cada persona cuál es su intención y su propósito. El apóstol Pablo dijo que su intención, su deseo, o podemos decir su meta era agradar al Señor, y además, en ciertos momentos de su vida trabajaba con sus propias manos a fin de ganarse su sustento y ayudar al establecimiento de Iglesias locales. Nuestra vida y nuestro vivir debe ser Cristo, el Señor dijo: **"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida..."**. Descentralicemos nuestro vivir de nosotros mismos, vivamos para el Señor. El trabajo no debe ser nuestra vida ni nuestro vivir, sólo debe ser un medio para nuestra supervivencia.

2.- LA VISION PROPIA

El Señor necesita descentralizarnos de nuestra propia visión personal. Nosotros por naturaleza somos tan egocentristas que todo lo hacemos de manera unidireccional, bajo nuestra propia visión. Nos acostumbramos a hacer aquellas cosas que nos brindan un beneficio personal, y cuando pensamos en hacer algo para los demás, siempre buscamos que esas cosas también sean de nuestro agrado. Siempre estamos pensando en llenarnos y satisfacernos nosotros mismos. Aún en las cosas del Señor generalmente buscamos nuestros propios beneficios; si nos gusta la música, pues, invertimos en instrumentos musicales con el mayor de los gustos, pero si eso no nos agrada, ni siquiera pensamos en invertir para que otros se dediquen a la música. Siempre nos interesa vivir para satisfacernos a nosotros mismos y hacer las cosas que llenen nuestro "ego". Cuánto trabajo nos cuesta convertirnos en instrumentos de Dios que hagan y vivan para hacer lo que Él quiere. Nos hemos acostumbrado a vivir centralizados en nosotros mismos al punto que supeditamos a Dios mismo para que haga lo que nosotros queremos, o lo que nosotros le permitimos.

Dios quiere descentralizarnos de nuestra propia visión personal. La manera normal de cómo Dios nos trata cuando venimos a Él está encaminada a que dejemos de vivir para nosotros mismos. Cuando alguien se convierte al Señor, lo que Dios espera de ese creyente es que se haga un discípulo, alguien que siga a los que van más adelante que él.

Hay cristianos que vienen a los pies del Señor con un pasado horrible, corrompidos, alejados totalmente de las cosas que atañen a Dios. Lo tremendo es que a los pocos días de convertidos ya se andan midiendo con los hermanos que tienen años de estar caminando con el Señor, se creen capaces de liderar, de enseñar, creen que no necesitan aprender de los que llevan la delantera. En realidad estos actos son síntomas de una vida centralizada en sí misma, es la secuela de vivir según apegados a una visión propia.

Nuestro apóstol Marvin Véliz nos cuenta la historia de un primo suyo que por muchos años vivió de manera perdida en todos los aspectos de su vida, había sido casi un ateo. Un día, milagrosamente se convirtió al Señor. A los pocos días de haberse convertido, este hombre empezó a darse cuenta que tenía ciertos carismas para hablar, así que ganó popularidad entre los hermanos, y sutilmente conquistó a una gran parte de los hermanos; dividió la Iglesia, y por si fuera poco, alquiló un local en la misma cuadra, y así empezó "su propia iglesia". Este hombre acababa de convertirse, era un neófito, no tenía ninguna preparación, sin embargo, tenía una sed insaciable de alcanzar su "propia visión". Este caso nos muestra cómo estamos acostumbrados a vivir centralizarnos en nosotros mismos.

La Biblia nos narra en el libro de los Cantares sobre una mujer estaba enamorada de su novio, y ella quería estar con él, así que le dice: **“Dime, amado de mi alma: ¿Dónde apacientas tu rebaño? ¿Dónde lo haces descansar al mediodía? ¿Por qué he de ser yo como una que se cubre con velo junto a los rebaños de tus compañeros?”**. Y le contesta el novio: **“Si tú no lo sabes, ¡oh la más hermosa de las mujeres!, sal tras las huellas del rebaño, y apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los pastores”** (Cantares 1:7-9). Note lo que dice le dice la sabiduría divina a esta mujer: **“sal tras las huellas del rebaño”**, en otras palabras: “aprende primeramente de otros”. Hermanos, Dios pone liderazgos en las iglesias a los cuáles es necesario someternos. Si usted es de los que dice: **“Yo me someto a Dios, pero no a los hombres”**, es porque usted está centralizado en su propia visión, en su manera personal de ver las cosas. Lo normal que debe sucedernos al venir al Señor es que nos sometamos a los hermanos que van a la delantera del rebaño. Aquel hermano que nomás se convierte y ya quiere dar sus opiniones, o quiere que se hagan las cosas según su visión, sólo demuestra lo plagado que está de sí mismo. Dios tiene que quebrarnos en cuanto a la manera de conducirnos según nuestra visión.

En una ocasión un profesor le dijo a sus alumnos: **“El día lunes después de las vacaciones de semana santa todos se presentan bien estudiados porque habrá examen”**. Uno de sus alumnos que estaba allí se puso a razonar dentro de sí mismo: **“¿Cómo se le ocurre al profesor que vengamos el lunes a la escuela, y peor a presentarnos a examen, si en todas las escuelas ese día aun es vacación?”**. Pues, ese pensamiento le dio tantas vueltas en su cabeza, que empezó a decirle a sus compañeros que no asistieran el día lunes a clase, porque no era justo que sólo ellos estudiaran, mientras todas las escuelas del país estaban de vacaciones. Aquel pensamiento se diseminó tanto, que de hecho el día lunes no llegó nadie a clases. El director se sorprendió de que nadie llegara a clases, de modo que empezó a averiguar porqué nadie había asistido a la escuela. Poco a poco, los jóvenes empezaron a delatar al compañero que los había incitado a no asistir a la escuela. Cuando el director supo quien había sido el gestor de aquella rebelión estudiantil, en lugar de regañar personalmente al joven, mandó llamar a su papá. El director le dijo al padre de familia: Señor, lo mandé a llamar para darle un consejo, empiece a ahorrar para que su hijo estudie más adelante en una universidad privada, porque si su hijo estudia en la universidad nacional, seguramente será un futuro guerrillero. (En aquel tiempo se gestaban los movimientos revolucionarios en la universidad nacional). Este jovencito revolucionario fue nuestro apóstol Marvin Véliz, quien ha dado testimonio de cómo Dios lo ha quebrado a lo largo de su vida con tal de no imponer su visión personal en las cosas que atañen al Reino del Señor.

No le servimos para nada al Señor si no nos sometemos a alguien dentro de la esfera del Cuerpo de Cristo. Al venir al Evangelio debemos ser disciplinados, debemos ser guiados, debemos caminar en pos de la visión de otro. En algún momento Dios podrá darnos una visión más clara, pero esperemos a madurar, aprendamos a caminar en sometimiento a lo que otros ya avanzaron para que un día nos sometamos totalmente a la visión de Dios. La concepción propia de las cosas es un reflejo de una vida plagada de orgullo, y así nadie le puede servir a Dios.

3.- LAS PREOCUPACIONES

Para que el Señor siga efectuando su restauración en nosotros, de manera que nos haga seres descentralizados de nosotros mismos, Él tiene que trabajar también con nuestras propias preocupaciones. De los cuatro pescadores a los que el Señor llamó a que lo siguieran, dos de ellos estaban ejerciendo la pesca, y los otros dos estaban remendando sus redes. Ellos estaban centralizados en sus preocupaciones, pero el llamamiento del Señor los hizo ser libres del peso que éstas les ocasionaban.

Muchas veces le decimos al Señor que nos liberte de nuestras preocupaciones, pero en el fondo lo que le pedimos es que nos quite los problemas. Nosotros hemos llegado a creer que si no tenemos problemas, no tendremos preocupaciones. En realidad el Señor quiere que estemos despreocupados aún teniendo problemas. El Señor quiere que nosotros a diario vivamos en reposo, a pesar de que tengamos aflicciones en el mundo. Al vivir descentralizados de nosotros

mismos, tendremos la fe y la confianza puesta en el Señor, estaremos confiados de que todo lo que acontece, sea positivo o negativo, todo está en Sus manos. Llegar a vivir confiadamente en el Señor nos permite serle útiles, de lo contrario, estaremos hundiéndonos cada vez más en nuestras preocupaciones.

En una ocasión un hombre le dijo al Señor: “... **permíteme que vaya primero y entierre a mi padre. Pero Jesús le dijo: Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos**” (Mateo 8:21–23). En ese mismo pasaje, versos atrás, otro hombre le acercó al Señor y le dijo: “**Maestro, te seguiré adondequiera que vayas. Y Jesús le dijo: Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza**” (Mateo 8:19–20). El Señor entendió que estos hombres estaban dispuestos a seguirlo, toda vez y cuando Él atendiera sus necesidades. El Señor tuvo que advertirles que les iba mejor a las zorras que a Él mismo, pues, Él ni siquiera tenía un lugar seguro donde dormir. Nosotros tendemos a buscar la solución para liberarnos de las preocupaciones, cuando en realidad podemos vivir en reposo poniendo nuestra confianza en el Señor.

Había un hombre que tenía mucho dinero, y obviamente, su preocupación no era “no” tener dinero, sino tener mucho dinero. Cuando este hombre iba a algún restaurante, él no comía tranquilo porque había dejado parqueada su camioneta de lujo en un lugar que no la podía estar viendo constantemente. Imagínese, él no se preocupaba por no tener vehículo, sino se preocupaba de tener un vehículo demasiado lujoso. Lo que podemos ver es que las preocupaciones surgen por “a” o “b” motivo. El ser humano tiene excusas para preocuparse por todo. Las parejas que tienen hijos se preocupan porque tienen hijos que criar, y los que no pueden tener hijos se preocupan por no tener hijos que cuidar y alimentar. En nuestro interior somos dados a las preocupaciones personales, entre más centralizados estemos en nosotros mismos, mayores serán las preocupaciones que tendremos. El Señor quiere ser nuestro reposo, aprendamos a soltar todas nuestras cargas ante Él, confiemos que Él siempre escogerá lo mejor para nosotros.

Leamos las hermosas palabras que dijo nuestro Señor Jesús: “... **no os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis; ni por vuestro cuerpo, qué vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que la ropa? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros de mucho más valor que ellas? ¿Y quién de vosotros, por ansioso que esté, puede añadir una hora al curso de su vida? Y por la ropa, ¿por qué os preocupáis? Observad cómo crecen los lirios del campo; no trabajan, ni hilan; pero os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de éstos. Y si Dios viste así la hierba del campo, que hoy es y mañana es echada al horno, ¿no hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe? Por tanto, no os preocupéis, diciendo: “¿Qué comeremos?” o “¿qué beberemos?” o “¿con qué nos vestiremos?” Porque los gentiles buscan ansiosamente todas estas cosas; que vuestro Padre celestial sabe que necesitáis todas estas cosas. Pero buscad primero su reino y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Por tanto, no os preocupéis por el día de mañana; porque el día de mañana se cuidará de sí mismo. Bástele a cada día sus propios problemas**”. (Mateo 6:25–34).

No nos acostumbremos a hacer las cosas que atañen al desarrollo de la vida con preocupación, eso sólo demuestra la actitud egocéntrica y el sobre esfuerzo que hacemos por obtener las cosas materiales. Si usted se da cuenta, no hacemos más preocupándonos; lo único que hacemos es ponernos tensos ante las cosas que Dios ya tiene bajo su mano poderosa. Lo que nos atañe a nosotros como hijos de Dios es tener fe y confianza en Él, solo viviendo de esta manera podremos serle instrumentos útiles. Si vivimos sin preocupaciones, un día podremos dedicarnos a vivir a tiempo completo, sabiendo que Él velará por nosotros. Podremos confiar que lo de Él siempre será lo mejor, aunque a los ojos humanos no lo parezca. Reposemos en el Señor, que las preocupaciones de la vida no nos ahoguen.

4.- LAS RELACIONES FAMILIARES

Tal vez el pasaje de los discípulos a los que el Señor llamó a que dejaran a su padre y su negocio nos parezca un tanto extremo, porque creemos que ellos eran un caso especial; nos cuesta trabajo mezclarnos en este desafío porque pensamos que eso sólo les sucedió a los hombres que llegarían a ser los apóstoles del Señor. No obstante, leamos un pasaje que el Señor Jesús dijo de manera más general: **“El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí”** (Mateo 10:37–38). El hecho de no centralizar nuestras vidas en nuestra familia, más que ser un asunto objetivo, se trata de algo subjetivo. Esto es algo que Dios quiere que solucionemos en nuestro interior. Las palabras de este verso no deben ser aplicadas de manera objetiva, pues, todo el Nuevo Testamento testimonia que debemos ocuparnos de honrar los lazos familiares. Los casados deben ocuparse de sus esposas como a ellos mismos, y lo mismo las casadas. Los hijos deben ocuparse de honrar a sus padres, y de igual manera los padres deben criar bien a sus hijos. No podemos refutar todo el Nuevo Testamento, sólo por la mala aplicación de las palabras de este verso, más bien debemos verlas subjetivamente.

Este verso lo que nos propone es un camino de liberación de nosotros mismos. El Señor no quiere que vivamos centralizados en nuestras relaciones familiares. Tal vez muchos piensen que nunca podrán vivir descentralizados de los hijos porque les tienen un amor demasiado grande. Algunos viven bajo la premisa de que “Lo más sagrado en la vida es la familia”, de ahí que las cosas de Dios para ellos caen en un segundo o tercer plano. Hay hijos que creen que no pueden vivir sin sus padres, sin embargo, en el fondo lo que tienen es un profundo amor por sí mismos. Lo que estos hijos no se dan cuenta es que sus padres son la base del programa emocional que fabricaron desde su infancia.

Vamos a explicar un poco más este asunto de los programas emocionales. Todos los seres humanos de manera un tanto inconsciente fabricamos programas emocionales para poder sobrevivir y salir adelante ante las vicisitudes de la vida. Cuando los niños nacen en este mundo, ellos ni siquiera pueden ver bien, lo único que tienen a la mano es la persona que los alimenta, a su madre. Para un recién nacido, su madre, además de ser la fuente de su alimentación, la interpreta como su fuente de cariño y seguridad. Todos desde que nacemos vamos programándonos para la felicidad. No es necesario que usemos pensamientos para que creemos estos programas emocionales, pues, de niños ni siquiera pensamos, sino que las influencias que percibimos, sean buenas o malas, forjan tales programaciones en nosotros.

En términos de psicología “los programas emocionales para la felicidad” son programaciones hechas de manera inconsciente que nos van acondicionando para vivir mejor. Esto es parecido al instinto que siguen los perros ante el maltrato que les dan sus amos; hay perros que sufren golpes cada vez que quieren entrar a la casa de sus amos, y conforme pasa el tiempo este maltrato repetitivo habitúa al perro a estar fuera de casa, y aunque después lo quieran hacer entrar, mejor se queda afuera. La gente dice a veces: Qué inteligente ese perro, bien hace caso, pero en realidad no es eso, sencillamente el animal se acondiciona a estar donde haya menos dolor. Este tipo de conducta se logra con el reforzamiento negativo. Más o menos así nos pasa a nosotros los humanos aunque a un nivel más elevado, pues, nosotros tenemos uso de razón. Los programas emocionales se van formando en nosotros por axioma natural; las cosas negativas normalmente nuestro cerebro las envía al subconsciente para no tener que estar lidiando con ellas todo el tiempo.

Cuando el Señor nos trata, Su objetivo es que no liberarnos de vivir centralizados en nosotros mismos, y uno de los lazos más fuertes que nos amarran a vivir de esta manera son las relaciones familiares. Para algunos varones ya casados su vínculo más fuerte no es ni siquiera su mujer, sino su madre; hay quienes se casan y nunca dejan de darle prioridad a su mamá. No es malo amar a nuestra madre, lo malo es no darnos cuenta que nuestros programas emocionales para la felicidad están centralizados en mamá. Normalmente al llegar a la adultez, nuestra vida está fundamentada ya sea en mamá, papá, hermanos, patria, ú otros factores que se convierten para nosotros en vínculos para la felicidad.

Cuando Dios se propuso hacer un pacto con Abraham, lo primero que Dios hizo fue descentralizarlo de sus relaciones familiares. Dios le habló a Abraham y le dijo: **“Vete de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición”** (Génesis 12:1–2). Cuando Abraham fue libre de sus lazos familiares, entonces, Dios le dio visión de la tierra prometida que quería darle a él y a sus descendientes. Dios quiere hacer lo mismo con nosotros, Él quiere liberarnos de las amarras que tenemos en nuestro interior.

Muchos de los creyentes, a pesar de tener a Cristo en su ser, aun viven con problemas de vicios, manías, pasiones desordenadas, pecados ocultos, etc. porque sus vidas están amarradas aun a los programas emocionales que se fueron gestando desde su niñez. ¿Quién puede saber a cabalidad estas cosas? En realidad nadie, sólo el Señor puede liberarnos de todos los vínculos en los cuáles nosotros hemos depositado nuestra confianza para alcanzar la felicidad. Subjetivamente debemos dejar padre, madre, esposa, hijos, casa, ciudad, patria y todos aquellos vínculos que hacen que nuestra vida esté fincada en las relaciones familiares.

Cuando las parejas deciden casarse, en cierto momento ellos creen que son la pareja ideal, creen que no ha existido una pareja tan perfecta como ellos. El tiempo nos dicta a todos que no es así, que simplemente son dos humanos llenos de problemas interiores. La mayoría no se casa porque ame a su pareja, sino porque se aman tanto a sí mismos, que creen que casándose serán felices. Al final cada quien busca una realización personal, y por supuesto, el tiempo se encarga de mostrarnos que el matrimonio no sirve para realizar un deseo egocéntrico.

Todo lo que tenemos y lo que somos hoy, es lo que está en nuestro consciente presente; por tal razón cuando nos sentimos “no” amados, lo que hacemos es ir a los programas emocionales y recordarnos de cuánto nos amó nuestra madre, o nuestro padre, o la persona que nos hizo sentirnos amados. Los programas emocionales van surgiendo a lo largo de la vida, pero Dios quiere destruirlos, quiere que nuestra vida esté centralizada en Él, porque sólo entonces seremos plenos.

Ya que mencionamos éstas cuatro áreas de las que el Señor quiere liberarnos, veamos qué podemos hacer objetiva o subjetivamente para ser libres:

1.- EN CUANTO AL TRABAJO: Lo que debemos hacer es poner prioridades, es buscar primeramente el Reino de Dios. No estamos invitándolos a dejar de trabajar, sólo debemos poner en primer lugar las cosas que atañen a Dios y Su Reino. Establezca como prioridad en su vida congregarse al menos una vez a la semana, procure estar en comunión con los hermanos, venga temprano a las reuniones. Hay hermanos que son muy puntuales para llegar a sus trabajos, pero a la Iglesia siempre llegan tarde; no es que ellos sean responsables, sino que son tan ambiciosos que saben que van a perder mucho con un mal récord en sus trabajos. Pongamos prioridades a las cosas de Dios de una manera objetiva y seremos libres.

2.- EN CUANTO A LA VISION PERSONAL: Podemos ser restaurados objetivamente si aceptamos la visión de los líderes de la Iglesia. Aprendamos a respetar y obedecer a los ancianos de la Iglesia y al apóstol, ellos son los líderes inmediatos que Dios nos ha puesto. Tanto el apóstol como los ancianos son hermanos en Cristo que nos llevan la delantera, tenemos mucho que aprender de ellos.

3.- EN CUANTO A LAS PREOCUPACIONES: Éstas no podemos solucionarlas de manera objetiva, no podemos darle solución material a todos los problemas que vienen a nuestra vida. En cuanto a las preocupaciones debemos tener una liberación interior, es algo subjetivo, tenemos que aprender a vivir en fe, reposando y confiando en Dios.

4.- EN CUANTO A LOS LAZOS FAMILIARES: Dios no nos pide que rompamos los vínculos matrimoniales o algo por el estilo, debemos cuidar nuestros hogares y honrar a nuestros padres. Esta área también la debemos solucionar de manera subjetivamente, en nuestro interior. La gran clave para tener una vida descentralizada de las relaciones familiares consiste en lo que hacemos con nuestro presente.

APRENDAMOS A CEDER NUESTRO PRESENTE A DIOS:

Todo lo que somos y tenemos es lo está en nuestro presente; trabajamos porque sabemos que es lo que tenemos que hacer “hoy”, nos preocupamos por algo porque tenemos un pensamiento que nos carga en nuestro presente. Nuestro vivir estriba en lo que tenemos en nuestro presente, ya sean estos pensamientos pasados, presentes o futuros.

Si nosotros aprendemos por medio de la oración al Señor a ceder nuestro consciente presente, seremos verdaderamente libres tanto, interiormente, como en el plano natural de nuestra vida. Este tema es la introducción a lo que más adelante estudiaremos acerca de la oración contemplativa. No tiene sentido que busquemos al Señor contemplativamente si no nos damos cuenta de la urgencia que tenemos de vivir de manera descentralizada de nosotros mismos.

En la oración contemplativa, precisamente, lo que hacemos es despreciar nuestro consciente presente. Practicar la oración contemplativa consiste en estar en fe delante del Señor y no ponerle atención a nuestros problemas, ni a nuestras aflicciones, ni a nuestros deseos, ni a nuestros anhelos, en esto consiste despreciar nuestro consciente presente. Apartarnos veinte minutos en la mañana y en la tarde para estar delante del Señor en contemplación, ignorando nuestro presente nos libertará de una vida centralizada en nosotros mismos. Al practicar esto todo el tiempo en un plano interior, tarde o temprano también veremos frutos en el plano natural. Si nos acostumbramos a estar veinte minutos delante del Señor viéndolo únicamente a Él, no prestándole atención a nuestros pensamientos, tal hábito también lo veremos reflejado en nuestro vivir natural. Si practicamos la oración contemplativa, un día también llegaremos a tener una vida contemplativa, centralizada únicamente en Dios.

Hagamos de la oración contemplativa un hábito. Cuando alguien se acostumbra a hacer ejercicio todos los días, no quiere dejar de hacer ejercicio ni siquiera el día domingo; tal vida de disciplina se vuelve un principio aplicable para sus ejercicios, así como para otras áreas de su vida. Lo mismo nos sucederá al practicar la oración contemplativa, nos acostumbraremos tanto a despreciar nuestro consciente presente, que de repente, también vamos a despreciar nuestros deseos, nuestras metas, y por inercia nuestro modo de vivir será únicamente Cristo.

Nuestro ego está en nuestro consciente presente. Si empezamos a soltarlo por medio de la oración contemplativa, un día no sólo oraremos contemplativamente, sino aprenderemos a vivir contemplativamente. Si orar de esta manera se nos vuelve un hábito, un día dejaremos de vivir egocéntricamente, tendremos la capacidad de dejar a un lado lo nuestro por lo de Dios, tendremos en prioridad las cosas de Dios y Su Reino.

Cuando aceptamos a Cristo como nuestro Salvador, también aseguramos nuestra eternidad con Dios. ¿Qué es la eternidad? Es la desaparición de nosotros como humanos, y nuestra integración en la naturaleza divina. Si hacia allá vamos, si la eternidad es lo más grande que Dios nos puede dar, entonces, aceptemos el proceso de que sea quitada nuestra naturaleza humana y nuestra inserción en Su naturaleza divina. Si Dios nos dará ese privilegio eternamente, lo podemos empezar a vivir acá, en este tiempo. Una vida descentralizada de nuestro “yo”, y despreocupada de lo ordinario de esta vida es lo más placentero que podemos tener en esta era.

¡Amén!